

retirada se descubrió en toda su deformidad, alumbrado por la luz rojiza del incendio, que se confundía con los rayos pálidos de una luna amarillenta y lúgubre.»

«Por fin, acabaron de llegar todos los cuerpos, y sin establecer orden ni arreglo, cosas imposibles en aquel momento, se distribuyeron los víveres que había. El resto de la noche se pasó descansando parte de la fuerza, y entregada la otra á los sufrimientos que no había medio de aliviar. Al amanecer el día 24 se tocó llamada: aquel toque guerrero reanimó á las tropas, disipando el desaliento que se había apoderado de sus ánimos, al ver de cuán poco habían servido tantos trabajos y esfuerzos. La revista que se mandó tomar dió á conocer la inmensa pérdida del ejército, ocasionada, no tanto por las bajas hechas en la batalla, cuanto por la dispersion de la noche anterior, dispersion que se continuó los días siguientes, y cuyo resultado fué que los cuerpos quedaran reducidos á meros cuadros, en que apenas se veían unos cuantos oficiales y soldados, agrupados junto á su bandera.»

«Para establecer algún órden, se dispuso la formación de nuevas líneas, reorganizando los batallones con compañías de diversos cuerpos, á fin de que el ejército presentara aún un aspecto imponente. Acababa apenas de verificarse ésta operacion, cuando llegaron tres oficiales enemigos con el carácter de parlamentarios. Conducidos á la presencia del general en jefe, manifestaron que nuestros heridos habían sido recogidos y enviados al Saltillo, donde se les asistía con todo esmero: hicieron á nombre del general Taylor un pomposo elogio del valor que nuestras tropas habían desplegado en la batalla, y ofrecieron, de parte del mismo, los refuerzos y provisiones que sabía escaseaban en el campo. Brindaron, por último, con un arreglo sobre suspension de hostilidades y modo de terminar las diferencias existentes entre las dos naciones.

El general Santa Anna les contestó que agradecía cual era debido, así la buena conducta observada con los heridos, como las ofertas generosas que se le hacían, pero que ni podía admitirlas, ni ménos entrar en un convenio, para el que no estaba autorizado por su gobierno, y que era además imposible, mientras no quedara libre el terreno que ocupaban las fuerzas americanas.»

«En el curso de la entrevista dispuso el mismo general, que en vez de que los oficiales parlamentarios volvieran á su campo, con los ojos vendados, conforme al uso establecido para casos semejantes, se les pasara por enfrente del ejército para que vieran el estado que guardaba, y le pasasen revista si gustaban. El objeto que llevaba al dar este paso, era el de que se convencieran por sus propios ojos de que la retirada de la Angostura no había sido originada por terror á las armas enemigas, como igualmente de que, si había que combatir otra vez, no le faltaban los medios necesarios, contando aun con una division florida, y con pertrechos y municiones en gran número.»

«En efecto, los oficiales parlamentarios, acompañados de dos ayudantes de Santa Anna, pasaron revista á las fuerzas que permanecían aun sobre las armas. Su aspecto marcial, su continente respetable, su disciplina, y el valor que acababan de acreditar en Buena Vista, llamaron vivamente la atención de los enemigos, que les prodigaron elogios de todo género.»

En la noche del día 24 reunió el general Santa Anna una junta de oficiales generales para resolver, que partido convendría tomar; y fué opinion general que el ejército se retirase hasta San Luis Potosí, como en efecto se hizo empezando á moverse la division el día 25. Esta contramarcha fué aun mas penosa por la completa escasez de víveres que se notaba en el ejército, ni podérselos propor-



cionar en los puntos del tránsito: esto hizo, que á la multitud de heridos que se llevaban se aumentaran los enfermos á causa del frío, de las fatigas de la marcha y de la falta de agua y alimentos para que los soldados pudieran recóbrar sus fuerzas; y así fué que cada dia aumentaban las bajas en un número muy considerable, y á consecuencia de todo crecía el desórden en las tropas y se perdía la moral y la disciplina en el soldado. Pero en medio de tantas penalidades procuraban los soldados fortalecer su resignacion con los consuelos de la Religion, demostrando prácticamente la fé que los animaba y llamaba la atencion de los pueblos ver entrar á los templos á aquellos rudos veteranos y arrodillarse pidiendo con humildad y fervor el remedio de sus necesidades. «El aspecto de un valiente guerrero, dicen las Memorias antes citadas, que prosternándose ante los altares del Dios Omnipotente, implora su auxilio, es un espectáculo hermoso que revela la nada de las grandezas humanas: hay algo de magestuoso y sublime en ver á un hombre, respetado y temido de sus semejantes, conocer su pequeñez y orar con devocion y humildad en el templo de su Creador.»

El dia 9 de Marzo empezaron á entrar á S. Luis Potosí los restos de aquel ejército que en fines de Enero habia salido de allí mismo tan lleno de entusiasmo para ir á combatir con los enemigos de su patria; y por esa desgracia que seguia á México en todos sus pasos, despues de una batalla tan gloriosa como la de la Angostura, el ejército volvia reducido á ménos de la mitad y en un estado tal de desaliento y desmoralizacion como si hubiera sufrido los horribles estragos de una completa derrota. Y como al llegar á esa ciudad se recibieron noticias de los trastornos políticos ocurridos en México, determinó el general Santa Anna que solo se dieran á las tropas cuatro dias de descanso, que sirvieron tambien para reorganizar los cuerpos refundiendo unos en otros.

## CAPITULO VIII.

### Continuacion de la materia del capítulo anterior.

A la vez que en los Estados de Nuevo-Leon y Tamaulipas pasaban los acontecimientos que hemos referido, otros hechos se verificaban en los demás puntos del territorio mexicano, donde los invasores habian puesto su mira para usurparlos.

En el mes de Febrero de 1846 se introdujo al territorio mexicano en la Alta California el capitán Fremont ingeniero del ejército de los Estados-Unidos, y con pretexto de una comision científica, obtuvo permiso del comandante general que era el coronel D. José Castro, para recorrer el país acompañado de una fuerza de rifleros; y el 14 de Mayo uniéndose á esa fuerza todos los aventureros americanos que se hallaban esparcidos en las márgenes del Rio Sacramento, proclamaron la independencía de las Californias, acompañando este escándalo con el despojo de las propiedades y asesinatos de los mexicanos que trataban de poner resistencia.

El comandante general pidió explicaciones al comandante de un buque americano anclado en la bahía de S.